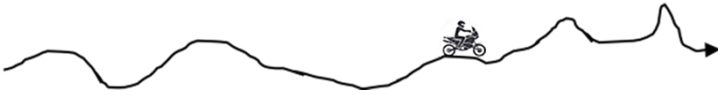


Legión Viajera

De aventureros y migrantes en una travesía Oaxaca - Baja California



Samuel Bedrich Morales G.

VERSIÓN IMPRESA
CAP. 1 / Regalo



Este libro se rige bajo la política de Derechos de autor de *Creative Commons*. Se vale copiar y reproducir ciertas partes, siempre que cites al autor y reconozcas su esfuerzo. No ha recibido ningún financiamiento institucional. Existe una versión digital. Sería más lindo pagar su mínimo valor que solo copiarlo. ¡Gracias!

Registro ISBN: 978-1-7948-4562-6

Imprint: Lulu.com

Las ediciones del Andaryego, 2021

Diseño de portada: Luis Alberto Mendoza

Encuétrame aquí: <https://andaryego.com>

Para correspondencia: samoralesg@gmail.com

Para citar este texto:

Morales, S. (2021). Legión Viajera. De aventureros y migrantes en una travesía Oaxaca - Baja California. Ediciones del Andaryego.

Quiero hablar del viaje –y sobre todo de la migración– no como acto de expulsión, sino como uno de valentía, de descubrimiento. (Reflexiones del camino. Bitácora 2019).

El hombre que encuentra que su patria es dulce no es más que un tierno principiante; aquel para quien cada suelo es como el suyo propio, ya es fuerte, pero sólo es perfecto aquel para quien el mundo entero es como un país extranjero (Tzvetan Todorov, La conquista de América).

*Yo soy como la cigarra.
Tú, como la hormiga.
A veces tengo frío, hambre y sed,
mientras tú trabajas para no perecer.*

*Yo le canto al viento y al sur,
endulzo tus oídos con música y palabras,
te cuento de otros mundos y personas,
y acepto, honrado, tu cobijo.*

*Me gusta vivir ligero y saltar.
Con frecuencia suelo pensar
que en este mundo cabemos los dos;
que nos completamos,
y que podemos uno del otro aprender.
(Bitácora de viaje. Enero 2019).*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. VIAJEROS Y MIGRANTES. ERROR! **BOOKMARK NOT DEFINED.**

Migramos – Bajo la misma luna – Nota al mes de septiembre de 2021

CAPÍTULO 1. LA BAJA **6**

El origen de este viaje – La Baja, mítica – Largar las amarras – Adiós, cariño
– Primera noche al descampado

CAPÍTULO 2. JUAN, INMOVILIZADO. **14**

Desembarque – Carretera a Cabo Pulmo – Los Frailes

CAPÍTULO 3. CÍRCULOS **ERROR! BOOKMARK NOT DEFINED.**

San José del Cabo – Solidaridad – Vudú

CAPÍTULO 4. LA VERDADERA BAJA SUR **ERROR!** **BOOKMARK NOT DEFINED.**

Carretera uno – Carretera sin número – Mulegé – Viajar en 135cc.

CAPÍTULO 5. CUEVAS Y SAL MARINA **ERROR!** **BOOKMARK NOT DEFINED.**

Cueva del ratón – Ojo de Liebre – Ricardo, radioaficionado – Paralelo 28 – San Pedro y el martirio

CAPÍTULO 6. FANCY BAJA **ERROR! BOOKMARK NOT DEFINED.**

Ensenada – Valle de Guadalupe

CAPÍTULO 7. LA BORDER **ERROR! BOOKMARK NOT DEFINED.**

Rosarito – Tijuana sí – Cuando el pasado te alcanza – Tijuana-centro

CAPÍTULO 8. Y TODO, ¿PARA QUÉ? **ERROR!** **BOOKMARK NOT DEFINED.**

Y volver, volver.... – Puerto Peñasco – Gera: trabajar para viajar – Hermosillo

CAPÍTULO 9. ÚLTIMA ESTACIÓN ERROR! BOOKMARK NOT DEFINED.

Migrantes inversos – Los Mochis y el Couchsurfing – Topolobampo – Culiacán – Última estación

CAPÍTULO 10. VUELTA A CASA. ERROR! BOOKMARK NOT DEFINED.7

Ruta – Aterrizaje

EPÍLOGO ERROR! BOOKMARK NOT DEFINED.

Fernando Jordán / reencuentro – Volver y escribir – Pandemia – ¿El final?

Capítulo 1. La Baja

El origen del viaje - Largar las amarras - Primera noche al descampado

Volvamos pues al viaje, volvamos entonces a la libertad. Al ejercicio de la paciencia, de la tolerancia. Volvamos a la libertad de los textos. (Primera página de mi bitácora. Mazatlán, Sinaloa. 6 de enero de 2019).

El origen de este viaje

Un día te bañas como *pashá* en un club fresa de la *high* y otro en unas duchas de agua fría en el mar... Días más tarde, en un baño que no han limpiado en meses, y dos semanas después, con una cubeta de agua. Eso es vivir.

Dépayser, salir de la burbuja, salir de la monotonía, hacer algo distinto, aunque no te guste: liberar, sentir, hablar con otra persona. Hacerlo, antes de que sea demasiado tarde, antes de que el futuro te alcance, de que la ola llegue, que la pandemia te enclaustre. ¿Qué es, si no, la vida: solo la monótona repetición de tu medio de subsistencia, *ad infinitum*? ¡Que me aspe un rayo! –habría dicho el capitán Haddock– si tengo que resignarme a quedarme quieto.

¿Por qué viajar así, ligero y sin más ánimo que partir para aprender y descubrir? ¿Por qué, pudiéndolo hacer, la mayoría opta por el viaje en la burbuja, aquel que solo te desplaza, pero no te lleva a una nueva cultura, a un grupo social distinto, a una vivencia singular? Porque no a todos nos enseñan a viajar ligero, a perdernos, a soltar para re-aprehender.

Aprender de otros; desaprender de sí. Hoy en una cervecería en Ensenada, charlando con artistas locales y promotores culturales, mañana acampando en la nieve, en el Observatorio de San Pedro Mártir, tras horas de extenuante carretera e interminable frío. Eso es la odisea: la oportunidad de partir, no la certeza de llegar. El amor por conocer gente.

Hubo dos preceptos centrales en esta travesía. El primero, hacerlo en motocicleta: partir de la Ciudad de Oaxaca, llegar a Tijuana por la Baja California, y volver a través de los estados de Sonora y Sinaloa. El tiempo no era el límite, sino el presupuesto; el segundo, pagar la menor cantidad posible de noches de hotel. Sí, por la necesidad de ahorro, pero también por filosofía: el punto era conocer al mayor número de personas, para recoger sus vivencias. En ello, la plataforma *Couchsurfing* fue de gran apoyo, aunque no central. Me permitió conocer a nuevas personas, pero no logré usarla tanto como intenté. De una u otra forma, mi red personal de apoyo, generada durante años, fue también mi propio *couch*.

El texto que aquí te presento –corolario de esta expedición– tiene un objetivo adicional: intercalar, en estas historias de un trayecto vivido, otras, las que me contaron quienes conocí. Tal vez ficticias o no del todo reales, pero emanadas de lo que escuché y no siempre pude comprobar. Nada inventé.

En 2018 llevaba 5 años viviendo en Oaxaca, luchando por ahorrar y poner a funcionar un negocio, sin que ninguna de las dos pudiera conseguirse. Antes de volverme loco decidí quemar ahorros para paliar el ataque de sanidad mental: lo que no había pasado, no pasaría ese año, y lo guardado, para una buena causa serviría. Mi conciencia se había removido también porque ese año –o el anterior– había publicado mi travesía por la Patagonia. El virus del viaje regresaba, a pesar de su adormecimiento mezcalero. Había que darle rienda suelta.

Así como confirmo que “el mejor estado de una pareja es el noviazgo”, tengo la certeza que el mejor estado del humano es el nomadismo. Viajando con mochilas ligeras, se inventan menos apegos y se evita el sedentarismo que termina por hacerte intolerante *al otro*, al migrante, al fuereño.

Por supuesto, todo *partir* implica *volver*. En mi caso, es el tiempo que aprovecho para poner por escrito lo vivido, por el simple gusto de compartirlo con quien se tome el tiempo de leerlo. El problema es que al regresar primero se debe aterrizar, luego reincorporarse a un modelo de vida profundamente opuesto a lo experimentado, y finalmente hallar el tiempo –y el ánimo– para contar, describir, relatar. Porque tarea es vivir y hacer, pero más trabajo es dejar constancia.

Cada vez que me toca contar me pasan dos cosas: la primera es que me hago más viejo al hablar de un pasado al que no quisiera retornar

–preferiría estar creando un nuevo futuro– de miedo que la nostalgia se me incruste en la conciencia; la segunda es que –parafraseando a uno de esos amores de la vida que me pasaron por la nariz sin que me diera a la tarea de atraparlos– me da pavor abrir mi mochila, por el temor de que se me escapen las memorias, de que salgan volando a otros mundos: carezco de los unicornios de Murakami para almacenar las vivencias.

La Baja, mítica.

Entre los motociclistas siempre hay sitios míticos: El Espinazo del Diablo, La Rumorosa, La Patagonia, La Ruta de la Muerte de Bolivia, La ruta 66, La 101 de California, Alaska a Sudamérica, *La Baja...*

Como uno de ellos, soy también un ególatra que viaja para poner en el mapa su marca y su “*yo ya fui y estuve ahí*”; tan básico como los perritos que mean su territorio para dejar constancia de su paso por el mundo. Compartía igualmente las ganas de recorrer la península, quería verla por mí mismo, que nadie me la contara.

“La Baja 1000” es una carrera de *rally* en la que se recorrían mil millas entre carreteras de campo travesía y pavimento. En la publicidad se muestra el desierto con miles de cactus y sin presencia humana, bordeado por el Mar de Cortés: azul profundo, libre de terrícolas y saturado de ballenas gigantes; se habla de calor, de reto, de sitios intransitados, *off the beaten path*. ¿A quién, que le gusten las emociones en dos ruedas, no podría atraerle esto? Insisto: soy raro, pero al final, humano y básico.

Más allá de la moto, tengo memorias creadas sobre La Baja, al estilo de *Blade Runner 2049*: dicen que un día tuve tres años y fui en un barco pesquero con mi familia a un paseo de una ¿o dos? semanas por el Mar de Cortés. Se cuenta que disfrutaba del calor mientras otro niño se quejaba de que no había perros en el barco para darles la comida que él no quería. Se menciona que viajaban también mis abuelos y se afirma que la esposa del capitán bajaba todos los días por la escalera del barco, armada con su visor, esnórquel y canasta, a unos cuantos metros de profundidad para cosechar langostas, pepinos de mar, ostras... Así entendí el significado de “frutos del mar”.

Nada de eso recuerdo, pero a veces son más fuertes las historias que la misma acción. Tan potentes que las imaginamos como si fueran memorias propias. Estuvimos, sí, pero los recuerdos no son nuestros.

Sé que visité, admito que la señora recogía la naturaleza marina como en un jardín de frutales, y afirmo que lo viví aunque no lo recuerde. Quien lo dude, puede preguntar en la capitanía de puerto de La Paz, BCS., por el buque del capitán Richard Aldcock, aquel que era guardacostas gringo y adaptó para turismo, en algún momento de 1975 o 1976.

Una vez más en mi vida, esta vez en la cuarta década, se me cruzaron los imaginarios, la motocicleta, el tiempo y el irresistible llamado del andar, e hice de nuevo la maleta –aunque esta vez dejé el baúl– para atender lo que me recomendó Bioy Cáceres a mis veintitantos:

*Hay que ser el que uno es. Nada amarga
tanto como una doble vida.*

*Para alcanzar la muerte no hay vehículo
tan veloz como la costumbre, la dulce
costumbre. En cambio, si usted quiere
vida y recuerdos, viaje. Eso sí, viaje solo.
[...] Imíteme quien se anime; como yo,
bese anteayer a la Gordá, a los chicos y
con el pretexto de que la compañía lo
manda, parta al infinito azul...*

Adolfo Bioy Cáceres, Un viaje o el mago
inmortal. (Apunte de 1998).¹

Si algo me pesa es el miedo a la costumbre. Siempre he temido ser el viejo que cuenta mil veces la misma anécdota; por eso no paro, para tener mil relatos que contar. A diferencia de otros escritores, no me inspiro solo investigando. Lo he de vivir, palpar, sentir, sufrir. Cuando

¹ Nota: Este texto se enriquece con un recorrido por mis libretas-bitácora de otras vidas y recuerdos. De vez en cuando encuentro una frase que me parece acomodarse en el texto, y la traigo a la vida. Esto supone, por supuesto, un esfuerzo adicional de debate entre nostalgia y memoria.

David Harvey me confirmó que el ser humano es monótono por definición, me dejó claro que no, que yo no quería una vía así. La mía, a pesar de lo difícil que sea cargar una casa del caracol con el tobillo derecho hecho mierda, será una vida de nómada, para no morir aplastado por el techo de una losa de concreto.

Un día de enero, la vida me puso de nuevo en ruta: esas malditas ganas de dejarlo todo fueron el motivador final. El plan era salir de Oaxaca, pasar en mi tierra natal las fiestas decembrinas para el consabido baño familiar, y enrumbar hacia el noroeste mexicano: Jalisco – Sinaloa – Baja California Sur – Baja California – Sonora – Sinaloa – Jalisco – Estado de México – Morelos – Puebla – Oaxaca. Nueve estados, dos ruedas, tienda de campaña, estufa a gas (prestada), *sleeping bag*, cámara, celular, herramientas para la moto y una especie de *déjà vu* –aunque más largo– de tres lustros antes.

Largar las amarras

A pesar de la experiencia, éste sería distinto. A mis cuarenta y cinco, el mundo giraba más lento. Quería salir del espacio común. Esa era, sin duda, la motivación principal: perderme en mi casco, dejar la comodidad de mi casa, olvidar la cotidianidad, lo que se hace para sobrevivir y pagar la renta; tenía que dejar de repetir las nimiedades de la vida común: trabajar, cagar, dormir y beber.

A diferencia de otros, mi estilo va en retroceso: en lugar de comodidad, quiero salir de ella; en lugar de seguridad, quiero espacios para acampar, el alojamiento de amigos de los amigos, de desconocidos; a cambio de una buena cama, busco gozar de mi carpa y dormir en la arena. Me conformo con sentir el viento en la cara al despertar, me interesa no saber a dónde ir, el estrés de llegar a una ciudad de noche, cruzando sus calles oscuras y solitarias. Vivir.

Si en mi andar por la Patagonia había usado dos veces mi tienda, quería que esta ocasión (llevaba la misma carpa, quince años después) se desgastara, tomara aire, se llenara de arena y lodo. Soñaba con que la lámpara de la noche iluminara el espacio, con las estrellas como cobijo.

¿Y sabes qué, querido lector? Lo logré.

En honor a la verdad, confieso que me esforcé en evitar los hostales de mochileros. No por desdén, sino por precaución: se trataba de vivir el país, no de vivir *su* país, *su* vida o *su* ego. Quería hacer un itinerario alterno, con personas de carne y hueso; tenía que comer lo que la gente come, las delicias locales. No la pasta con catsup de los mochileros de veinte años: ese viejo *yo* había quedado en el pasado.

No llevaba una *Lonely planet*; sí un celular con Google Maps, que el noventa por ciento del tiempo fue útil para encontrar mi rumbo; *Trip Advisor* fue, en contadas ocasiones, también de auxilio, pero en la enorme vastedad de mis dudas, me dirigí al más arcaico medio de comunicación: la palabra, el gesto, el saludo, la pregunta directa. “Señor, señora, ¿me podría dar una indicación o una recomendación?”. Eso es la realidad.

¿Planeación previa? Sí. Un mapa, una hoja con los nombres de algunos lugares que me sonaban por fonética, porque tenía un conocido o recomendación, o por curiosidad. Cero reservaciones. Ni siquiera la forma de la bitácora fue la misma: no más anotaciones al detalle, solo un esfuerzo de memoria, diagramas y fotografías, que vuelvo a transitar en la medida que escribo.

El siete de enero de 2019 crucé de Mazatlán, Sinaloa, a La Paz, Baja California Sur. Lo que había pasado antes, entre Oaxaca y Mazatlán fue parte de las vacaciones, no de mi labor de viajero:

No sé cuándo o cuántas veces les pedí a los Reyes Magos que me regalasen una aventura... tampoco recuerdo cuántas veces me lo cumplieron.

A pesar de haber salido hace más de quince días de casa, hoy inicia la etapa mágica, la que Calle 13 llamaría “Sin Documentos”: sin prisas, sin agenda, sin más expectativas que la libertad de moverse y escribir.

Hace años que no tengo libreta que llenar. O sí: tenía libreta, pero no tenía viaje; o no: tuve viajes pero cortos, agendados, precisos, de trabajo. No “reales”: con instantes de zozobra, espera, escritura; de esos en los que te preguntas si tu moto entrará en ese barco gigante que tiene todos sus espacios vendidos. Excursiones con preocupación inicial y liberación final, en las que te dices que si no es hoy, será el

día siguiente: que no hay nada que no pueda esperar; que tarde o temprano, tu barco zarpará.

Solo es cuestión de paciencia. (Bitácora de viaje. 6 de enero de 2019).

Adiós, cariño

Mazatlán había sido lo más parecido a unas vacaciones Categoría Dos (“empleado del sistema”). Llegué con mi novia –mi última relación sería– después de un suave trayecto desde Guadalajara, donde habíamos pasado año nuevo con viejos amigos.

Primero nos hospedamos en el *studio* (vacío) de veinte metros cuadrados de su familiar, luego éste volvió y decidimos que tres era demasiado: conseguimos un hotel –a la mierda la vida salvaje, ya tendría tiempo para vivirla solo– y tuvimos un viaje de pareja hasta que llegó el momento de llevarla a la terminal de autobuses para que volviese a casa: “Se me está haciendo tarde / Y empieza a refrescar / Y se está nublando el cielo / Y nos vamos a mojar / Adiós, cariño; adiós, mi amor”, habría dicho Radio Futura.

Nunca te volví a ver, amor.

¿Mazatlán valió la pena? Ciudad turística, moderna, buenos restaurantes y alojamientos. Un centro histórico colonial en proceso de reconstrucción (gentrificación, dirían los que saben), buenos bares y dos espacios culturales, mariscos deliciosos –los aguachiles son norteños– y mujeres que solo pude ver de reojo... Tal vez, pero no para uno como yo: después de cuatro días, ella se fue, y yo seguí al embarcadero para ver cuándo zarpaba mi ferry a La Paz. Como Bioy, *partí al infinito azul*.

No fue fácil: era el último día de vacaciones y la gente volvía a casa; la compañía, para añadir un poco de *suspense*, había decidido cambiar su barco normal por uno de carga y no contaba con suficientes camarotes, por lo que daría prioridad a los tráileres y a sus respectivos choferes. Desde las siete de la mañana, con algunas salidas para ir a comer o tomar aire, estuve en la terminal, cuidando un lugar que cada vez se tornaba más inalcanzable. Del “venga a las diez” pasamos al “a las tres se sabrá” y finalmente al “espere a que se empiece a cargar el

barco. Para mi suerte, hacia las siete de la tarde –y frente a la molestia de otros pasajeros que no fueron llamados– me dijeron que sí viajaría.

–Suba su moto al barco ahora y pague acá los dos mil pesos por el cruce. –dijo la chica de la ventanilla. –No le podemos ofrecer cabina; tendrá que dormir en el suelo de la cocina.

–¡Gracias! –Atiné a responder. No supe si haberle cerrado el ojo o esperar desde las siete fue lo que me dio el pase, pero no había más que hacer. *Los que viajan y los que se quedan*, había dicho Bauman.

Yo era de los primeros.

Primera noche al descampado

Por suerte el precio incluía una cena con pollo duro y algo de ensalada. También una bebida gaseosa. El barco era efectivamente, para carga; no se llenó a más del sesenta por ciento, tenía unos veinte camarotes y ochenta sillones en un cuarto grande. Su bar, de unos quince metros cuadrados, ametrallaba música de banda. El comedor, de unos ocho por siete, siempre iluminado –con lámparas fluorescentes– y dos pantallas de televisión que transmitían películas norteamericanas de balazos, era “el refugio” para dormir. Afuera, la cubierta era una terraza de unos cuarenta metros cuadrados con un techo metálico, sin sillas pero bien iluminado hacia las lanchas de emergencia y el estacionamiento. Adentro ruido, luz y películas; afuera viento, frío, estrellas y el interminable ronroneo de los motores del barco.

Mi primera ronda en busca de un lugar para dormir no arrojó resultados: podía embrutecerme en el bar y morir acibillado por la música, o quedarme en el comedor viendo películas con las luces encendidas. Opté por una tercera alternativa: salir a cubierta con la cobija que conseguí y dormir sobre el enorme baúl que guardaba los chalecos salvavidas. Por más profundo que fuera mi sueño en la emergencia, me tendrían que despertar. Dormité. El frío, a pesar de llevar puesto el traje de motociclista, era recio. El cielo estaba cubierto. Ruido de máquinas roncadas, de olas, de voces, de viento.

Hacia las cinco o seis decidí que era suficiente. Prefería morir de pie que acostado; el sol comenzaba a teñir el cielo de rojo y las primeras figuras de las islas del Mar de Cortés aparecían. Muchos insomnes, como yo, se reunían en la cubierta y miraban el vacío del mar, la

semioscuridad... Seguro se preguntaban si su desgraciada noche habría valido la pena, pero cierto es que el humano mira de frente y con certeza la penumbra, cuando sabe que el sol está en camino.

Después del frugal desayuno, cortesía de la transportista, comencé a alistarme. No había más qué hacer: entregar la frazada, tomar mi mochila y pasar al baño. A las ocho o nueve atracamos y fui de los primeros en salir. Desabroché a la Alebrija (así se llama la F650 GS que me acompaña), hasta entonces atada a unos tubos gracias a unos clips de carga y toqué tierra.

Al fin, la nueva historia había comenzado.

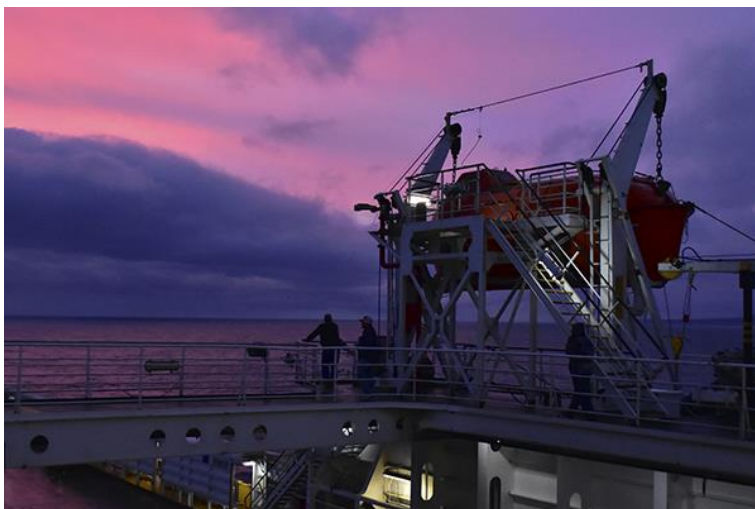


Ilustración 1: Amanecer en el ferry



La versión impresa incluye estos detalles. ¡Usa tu celular!